

EL CARDENAL GIBBONS

Cuando en 1883 el entonces Monseñor James Gibbons fue llamado a Roma por el Santo Padre León XIII para conferenciar con él sobre el clero americano y sus tendencias, el que esto escribe tuvo ocasión de verlo en Brooklyn, a su regreso a la ciudad de Baltimore, donde vivía, había nacido en 1834 y establecido el centro de sus activos y eficaces trabajos en favor de la Religión Católica. Ya figuraba como notable escritor y era muy conocida en Inglaterra y en los Estados Unidos su famosa obra llamada *The Faith of our fathers*, escrita como obra de propaganda católica. Ha sido tan sensacional el alcance de este libro que se han hecho de él setenta ediciones en Londres y más de cuarenta en los Estados Unidos. Con el deseo de hacerlo conocer en los países americanos de origen español, se le propuso a la casa de Appleton publicar una traducción de él al castellano, y la visita que entonces se le hizo a Monseñor tuvo por objeto conocer al distinguido autor de tan benéfico libro y pedirle su asentimiento para su versión al castellano. Monseñor acogió benévolamente al traductor y accedió a su solicitud por no desear otra cosa, según lo manifestó, sino que se extendiera la obra que tanto bien, como se le decía, había hecho en Europa y América y continuara produciendo sus buenos efectos en las nuevas regiones a donde alcanzase a llegar.

«La fe de nuestros padres» fue escrita para demostrar a los protestantes que «la Iglesia Católica es la verdadera y la genuina, la legítima continuadora de la Iglesia antigua, establecida por Jesucristo sobre la piedra que representa a San Pedro para desarrollar su grandiosa doctrina. Monseñor Gibbons hace un estudio completo de la historia de la Iglesia y demuestra con

ella que León XIII era el sucesor legítimo de San Pedro. La erudición, el razonamiento y la claridad son cualidades que realzan los méritos de tan famoso tratado de Apologética del catolicismo. El sin número de protestantes convertidos por esta obra que puede considerarse como una verdadera joya de la bibliografía americana, demuestra la impresión que produjo sobre el pueblo a quien hablan la razón y el sentimiento, a pesar de creerse que lo positivo es lo único que obra únicamente sobre sus facultades.

Se cuenta también entre sus producciones la llamada *Nuestra herencia cristiana*, publicada en 1889; pero el libro más notable, el de más alcance entre los de asuntos religiosos fue el llamado *El Embajador de Cristo*, editado en Nueva York en 1896 y traducido al castellano en 1908, trabajo emprendido, según él mismo lo dice, por el sincero afecto que profesaba a sus celosos y venerables compañeros de labor, el clero de la América del Norte, y el deseo de ver el reinado de Cristo dilatar su imperio espiritual sobre toda la extensión de los Estados Unidos. Los trabajos del eminente sacerdote extendieron su influjo fuera de su amada patria, y su nombre fue conocido en el mundo entero.

Esta preciosa obra dedicada a mostrar cómo debe ser el sacerdote en la sociedad y para la sociedad, es si no el mejor uno de los mejores libros de educación sacerdotal; utilísimo no sólo a los sacerdotes y a los que se preparan para entrar en la vida religiosa sino a toda clase de personas. El que principia a leerlo difícilmente suspende su lectura, no sólo por lo que él enseña sino por la sencillez y amenidad con que está escrito. Los ejemplos, anécdotas, citas literarias y científicas traídas con oportunidad y presentadas en forma tan interesante le dan un atractivo parecido al de las obras de Smiles, sin que su alcance teológico y filosófico pierda en

nada por la presentación atractiva de tan maravilloso libro.

El Cardenal Gibbons a cuya dignidad llegó en 1886, después de haber servido como misionero, cura de almas, obispo y arzobispo en la diócesis de Baltimore, dedicó su vida sacerdotal no sólo a construir iglesias, a hermostrar otras, a levantar hospitales y nuevas casas de beneficencia, a proveer aquellas de activas y útiles comunidades religiosas, sino igualmente a la educación por medio de escuelas, colegios, seminarios y a la propagación de las ideas católicas por medio de libros, revistas y periódicos. Trabajó incansablemente en la organización de la Universidad Católica de Washington, hasta poder verla establecida en edificio elegante y cómodo, dotada de rentas, provista de notabilísimos profesores, de laboratorios, de gabinetes, bibliotecas y todo aquello que pudiera contribuir al mejor servicio de un instituto de esa naturaleza, a cuyas aulas concurren centenares de jóvenes sedientos de beber la ciencia en fuentes purificadas por la verdad católica.

Se distinguió el Cardenal Gibbons igualmente como habilísimo administrador y acertado organizador de los variados departamentos de su floreciente diócesis, donde ha alcanzado el catolicismo sorprendente desarrollo. En su fecunda y utilísima labor siguió siempre el principio de adoptar lo nuevo sin dañar la bondad y necesidad de lo antiguo.

El desarrollo rápido y portentoso de los Estados Unidos ha originado igualmente un progreso extraordinario en el comercio, las industrias, las vías de comunicación, las artes, las ciencias, la riqueza pública, sin que el sentimiento religioso del pueblo americano haya perdido de su calor sino que por el contrario se ha encendido más y más. El protestantismo ha sido siempre el de la mayoría de la nación pero la religión

católica aumenta diariamente en proporciones sorprendentes el número de sus adeptos. Pero ese crecimiento del catolicismo que ha corrido parejas con el desarrollo físico, moral e intelectual del país, ha podido perturbar momentáneamente a algunos jefes de la Iglesia Católica americana hasta el punto de hacerlos creer que el Soberano Pontífice no tenía otra intervención en esa Iglesia sino el que se conservara inalterable el depósito sagrado de las verdades reveladas. Ese movimiento religioso que por espacio de diez años ocasionó gravísimas discusiones en el púlpito, en conferencias y en la prensa americana y europea fue conocido con el nombre de *americanismo* y tuvo al Padre Hecker por uno de sus más notables impulsores. El Cardenal Gibbons dejó oír su voz varias veces en defensa de algunos de los artículos de! que pudo llegar a ser un credo en la Iglesia americana, pero cuando el ilustre prelado en un conocido escrito quiso defender algunas de las ideas del Padre Hecker y declarar entre otras cosas, que la Iglesia católica para extender el círculo de sus conversiones debía adaptarse a la avanzada civilización americana y suavizar su antiguo rigor no sólo respecto de las reglas de la vida sino también del depósito de la fe, y pasar por encima de ciertos puntos de doctrina sin darles el sentido que siempre les había dado, Su Santidad León XIII se vio en la necesidad de condenar ésta doctrina y sus derivaciones lo que hizo en carta dirigida al Cardenal Gibbons el 22 de enero de 1899, documento famoso que hizo eco en los Estados Unidos y en Europa entera y que termina con una breve exortación en beneficio de la unidad, y en contra del espíritu tendencioso al desarrollo de una Iglesia nacional. «El término *americanismo*, decía, es aceptable cuando se aplica a las cualidades características que honran al pueblo americano, o a las condiciones de su república y a las leyes y costumbres que prevalecen en sus instituciones; pero aplicado a las opiniones arriba enumeradas debe ser repudiado y condenado por los obis-

pos de América. Pero si se usare no solamente dicho término para significar y recomendar las anteriores doctrinas, no nos queda duda alguna que nuestros venerables hermanos los obispos de América serían los primeros en repudiarlo y condenarlo como injusto especialmente para ellos y para la nación entera. Porque de lo contrario se aceptaría la sospecha que hay entre vosotros algunos que conciben y desean una Iglesia en América diferente de la del resto del mundo.» El Cardenal Gibbons fue el primero en someterse a las declaraciones del Papa expresadas en la carta citada, y lo mismo hicieron todos los obispos de la Iglesia católica americana dejando así terminadas definitivamente las discusiones por la prensa sobre lo que el sentido que debía darse a la palabra *americanismo*.

Como el virtuoso Cardenal enseñaba que el ministro de Cristo debía ser el padre y el amigo del pueblo y que por tal razón no podía serle indiferente ninguna cuestión social que influyera en la felicidad y bienestar de la nación, estudió el movimiento social, las cuestiones entre patrones y obreros y trató de que se diera al problema social una solución cristiana y aun se dice que no fue indiferente a la oportuna expedición de la famosa encíclica *Rerum novarum* en que el Gran León XIII dilucidó magistralmente las relaciones que debían existir entre el capital y el trabajo.

Así el ilustre y virtuoso Cardenal al devolver a Dios su alma, a los ochenta y seis años de haberla llevado en su cuerpo en una vida de sencillez y de activo trabajo, al decir al Señor «en tus manos encomiando mi espíritu,» no tuvo que arrepentirse de no haber sabido hacer uso de la vida que Dios en su bondad le dio.

Bogotá, mayo 10 de 1921.